

Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores á Abderrahman, este por su parte ganaba tambien auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolucion estallaba en la Marca Española. Un godo llamado Aizon, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia á la cabeza de un partido numeroso que debería tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Auzona (Vich), destruyó á Rosas, y para robustecer mas su partido despachó á un hermano suyo á Córdoba á solicitar socorros de Abderrahman, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confió á Obeidallah, el hermano de Esfah y de Cassim. Con esta noticia Vil-Mund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado á Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó á los sublevados de Aizon (826).

Todo esto fué noticiado á Luis en ocasion de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin que al pronto tomara otra medida que pedir parecer á su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictámen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por la Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destruian campiñas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió á la Marca al mando del joven hijo del emperador, Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfrid. Pero este grande ejército no halló ocasion de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizon y del árabe Abu Meruan, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizara se volvieron á pequeñas marchas á Zaragoza. Afrentosa fué esta campaña para los leudes francos, á quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgran castigó con la privacion de sus empleos. «Pequeña pena, añade el historiador francés, para el crimen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecia prescribirlo las leyes militares de todos los países y todos los tiempos.»

Hablábase entre tanto de una grande expedicion que Abderrahman preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgran se decidió que marchase un fuerte ejército á los Pirineos bajo la conducta de los hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispuestos á emprender su marcha, y las tropas de Abderrahman iban á salir para la frontera de Afranc, cuando un impensado incidente vino á llamar la atencion hácia otra parte y á dar otro giro á los negocios (1).

Las imprudentes prodigalidades de Abderrahman tenian, como dijimos, irritado al pueblo musulman: los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolucion que amenazaba en Mérida habia estallado. Figuraba á su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo vazir de Alhakem, destituido por Abderrahman. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walí pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros jefes de la sedicion repartieron armas, vestuarios y dinero á la plebe, sin distincion de creencias, y se prepararon á sostener su tumultuario gobierno. Esto fué lo que detuvo la salida de Abderrahman á las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walí Abdelrúf, á sofocar la rebelion. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Mas de cuarenta mil hombres armados recorrian sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo botin: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situacion los buenos musulmes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelrúf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abrieron las puertas, y entraron sin dificultad las tropas. Grande fué la sorpresa de los sublevados: todos corrían inciertos;

(1) Eginhard, Vit. Ludov.—Astron., Annon.—Annal. Fuld.—Conde, part. II, cap. 39.

muchos dejaban las armas aturridos; la caballería del emir recorria las calles persiguiendo la chusma: como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron á los campos y Mohammed se refugió á Galicia. Sosegó Abdelrúf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y á los pocos dias un indulto general de Abderrahman acabó de disipar el temor del castigo que á muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos importante y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico jóven de la ciudad, por solo el deseo de vengarse del vazir Aben Mafot ben Ibrahim. Habia Hixem derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuosos, apoderáronse de los ministros, arrastráronlos por las calles, «y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion.» Fortuna del walí fué hallarse en aquella sazón en el campo: avisado de la insurreccion se retiró á Calat-Rahba (Calatrava) y comunicó la novedad al emir. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y orden de reunirse al walí para castigar los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió á salir con la gente mas osada y escogida á buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Aben Mafot, dieron gran confianza y orgullo al jóven Hixem. Fué ya preciso que Abdelrúf pasara desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aun así trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderrahman lograran ventaja de consideracion sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando á los que quedaron con vida á refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelion y no se rindió todavía Toledo.

En tal estado reprodujose otra vez la revolucion de Mérida. Ausente Abdelrúf y poco guarnecida la ciudad, introdujose en ella el mismo Mohammed, jefe del anterior motin, con todos los bandidos y malhechores que habia estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda, y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderrahman con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuinda Mérida de antiguos muros romanos, habia sido flanqueada de torres despues de la conquista. Hizo Abderrahman minar algunas de ellas: anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusion de sangre y dar á conocer sus humanitarias disposiciones á los meridianos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecia general perdon á los que se entregasen, exceptuando solo á los jefes de la sublevacion, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron á parar á manos de los exceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad á merced y discrecion del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderrahman. Disculpándosele los principales meridianos de no haber podido prender á los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias á Dios de que en este dia de complacencia me haya librado del disgusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos, que representan á Abderrahman II como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos dias que permaneció en Mérida, hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras á los pobres de la ciudad.

Continuaba entre tanto el sitio de Toledo. Al fin, despues de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido en manos de Abdelrúf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bah-Sagra (1). El generoso Abderrahman mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró á Aben Mafot vazir de su consejo de Estado, y á Abdelrúf walí de la ciudad. Dedicóse este á reparar los maltratados muros, estableció una buena policia en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Así terminaron las dos famosas rebeliones de Mérida y de Toledo (2).

Pudo ya Abderrahman atender á la Marca Gótica, cuya situacion no podia ser mas propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traian agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, habia corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda mujer del emperador Luis, llamada Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera á ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que despues habia de ser emperador y rey bajo el nombre de Carlos el Calvo. A pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 á su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de Gothia que comprendia la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 830 del palacio imperial por sustraerse á su encono. Quedóle por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron á comparecer en 832 ante la corte del imperio, y aunque se juramentó en descargo, fué destituido del condado de Barcelona, que se confirió á Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto este en 836, Bernhard, quien habia recobrado gran ascendiente y favor en la corte de Luis, fué segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con mas amplios poderes que antes.

Hallábase así las cosas en 838, cuando el diestro Abderrahman, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walí de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriese las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, burlando en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidallah, Abdelkerim y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron á esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Vióse salir de Tarragona una expedicion marítima, que unida á otras naves sarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió á las costas de la Provenza, y llegó á saquear la comarca y arrabales de Marsella, retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Carlo-Magno se debilitaba, crecia en importancia el hispano-sarraceno. Otra vez vinieron á Córdoba legados de Constantinopla enviados por el emperador Teófilo, á solicitar los auxilios de Abderrahman contra el califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honoríficamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador

(1) «Ahora se llama Bisagra, dice Conde, depravada la voz árabe *Bah*, puerta, y la latina *Sagra*, que fué su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de *Visagra*, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, que es la principal de la ciudad, así por su construccion, como por ser la que da salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de *Visagra* del *Via sacra* de los romanos, pero construida la puerta nueva por los árabes no es de creer que estos adoptaran un nombre latino. Acaso ellos la nombraran *Bah-Sagra*, Puerta del Campo, y los cristianos corrompieron despues la pronunciacion.

(2) Conde, del cap. 41 al 44, part. II.—Aquel Mohammed Abdelgebir, cabeza y jefe de los dos motines de Mérida, es el mismo de quien dijimos en el cap. XI haberse acogido á la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo á quien este monarca dió tierras cerca de Lugo, el que despues le correspondió con tanta ingratitud y perfidia.—Los meridianos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dió, ni estaba muy en disposicion de darlos.

que le ayudaria tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y á su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposicion, que habia de envolverle en mayores turbulencias y habia de infundir grandemente en los sucesos futuros de España (3). Por el contrario, el pequeño reino de Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesion en 842 Alfonso el Casto, el sóbrio, el pio, el inmaculado, como le nombra el cronista de Salamanca, los grandes prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle á Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase á la sazón en Bardulia (Castilla), dónde habia ido á tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente á Galicia, donde sin duda contaba con mas partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa hueste partió resueltamente en busca de su rival, á quien miraba como un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del rio Nareca. Batido Nepociano y abandonado de los suyos huyó hácia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fué entregado á este, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó á reclusion perpetua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono (4).

Conócese que el pequeño reino asturiano comenzaba tambien á ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron mas adelante uno tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito sufrió la horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fué condenado á muerte con sus siete hijos; ¡severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de delitos. A los ladrones haciales tambien sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus Estados, y á los agoreros y magos los hacia quemar vivos; ¡espantosa crueldad la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamaran *el de la vara de la justicia*.

Una tentativa de invasion de gente extraña, desconocida hasta entonces en nuestra Península, vino á poner á prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los normandos (*North-men*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del Septentrion, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habian salido á fines del siglo VIII, como á reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente á los mares en frágiles barcos sin mas equipaje que sus armas, para arrojarse sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver á engolfarse cargados de botin en las olas del Océano; esos aventureros

(3) Algun tiempo antes de morir habia hecho Luis el Benigno dos partes iguales de sus Estados, dejando á su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para sí. Lotario tomó la primera, que comprendia la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia y la Germania, á excepcion de la Baviera, que dejaba á Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimania con sus Marcas. Este extenso reino fué dado por la voluntad expresa del emperador á Carlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adulterino de la emperatriz Judith y del conde Bernhard, pero tiernamente amado, no obstante esto, por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistian bajo el dominio del jóven Carlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesion de los Estados de su padre en esta nueva particion del grande imperio de Carlo-Magno, lo cual fué adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galicia meridional y países contiguos.

(4) Solo el monje de Albelda da lugar á Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco á Pellicer y Mondéjar, en las genealogías que tejen de los dos Bermudos que suponen.